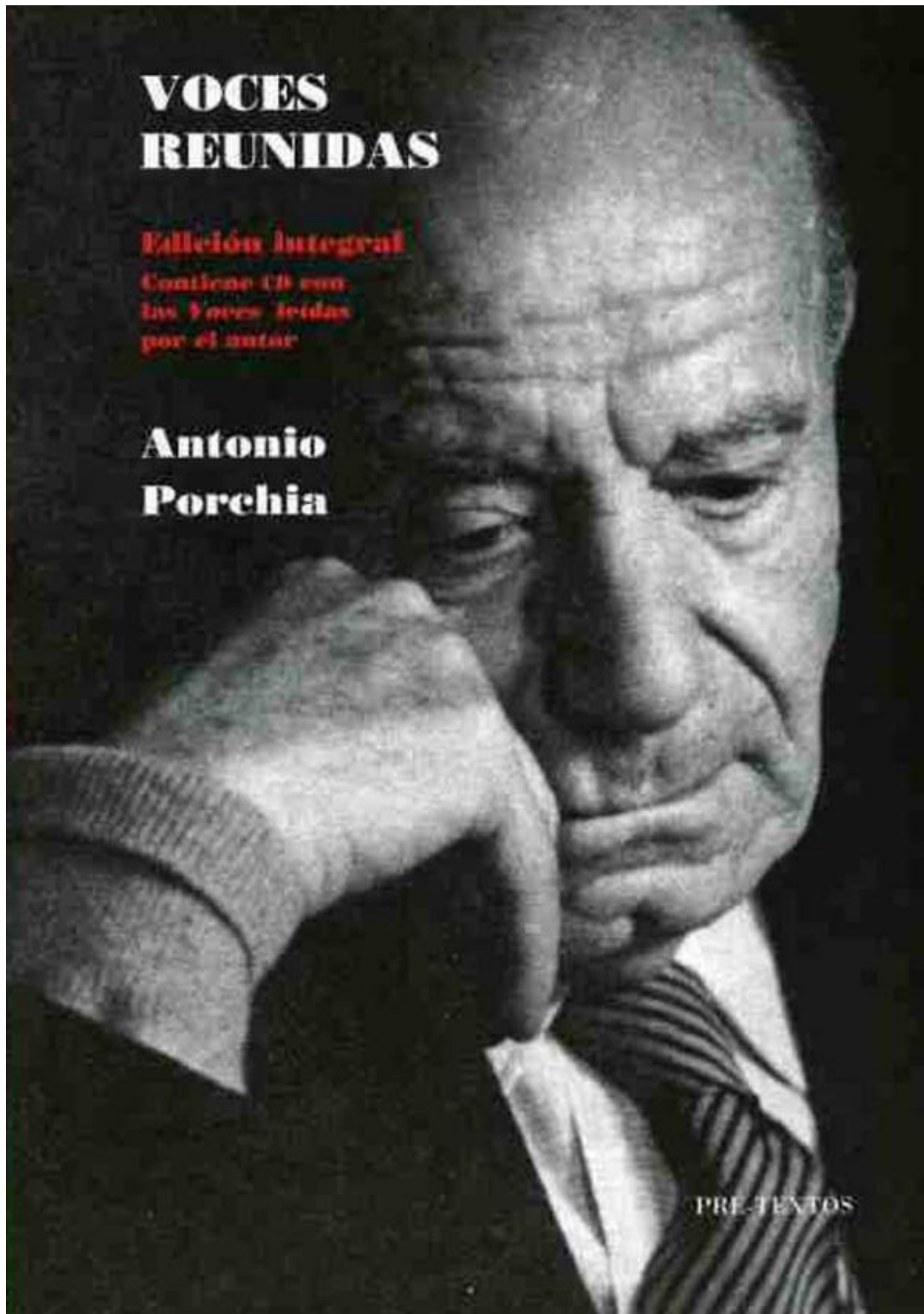


Un eco a mitad de camino

territoriodigital.com/notaimpresa.aspx



Antonio Porchia

Posadas. El pequeño “libro” de 135 páginas que Antonio Porchia publicó en 1943 escapa a la especie: no se lo desacredita si se lo definiera como un libreta de apuntes, de bolsillo, confidencial y serena, implacable y concisa.

Sus “anotaciones” (más de 500) son compactas elucubraciones, reflexivas, profundas. “Y seguiré eliminando las palabras malas que puse en mi todo, aunque mi todo se quede sin palabras”; y si bien llevan el nombre de Voces, se asemejan más a un eco lejano resonando permanentemente a mitad de camino entre el silencio y la mirada del lector. Las han llamado aforismos, versos o enunciados filosóficos, y aseguran sus adoradores que en novedosa metamorfosis dramática de sobrevuelo suelen dibujar la imagen de su autor, una vez que se conoce el rostro de don Antonio. Se las intuye, bajo esa influencia tutelar, escritas por una mano grande, itálica, de modo lento sobre una mesa de madera, bajo una lámpara de luz tenue, como de ocaso, ámbito en el que el único sonido es el rasguño de la pluma sobre el papel.

Tienen la rara y amigable condición de que “al leer una, pareciera habérselas leído a todas, y viceversa”; un hilo de plata las une, las libera por un momento de goce, y vuelve a fundirlas. Permiten, en una conclusión ubicua, otorgarle su exacta dimensión al destino del hombre en este mundo, que muchos han llamado humildad, vida efímera, o servicio, “Si el hombre tuviese alas, bajaría más”. Y en su suave entonación interior vencen toda aduana de subjetividad: se diluye mansamente la presencia anímica del autor sobre quien las lea “anónimamente”, entonces destinatario por su plena identificación. Las rodea desde hace 70 años un misterio arcano, de parábola mutable pero sencilla, cuya significación se perfecciona tras cada lectura nueva. Voces es un libro que pocos pudieron definir; incluyendo al propio Borges, que lo prologa en la edición francesa de 1979:

"En un momento de duda alguien abre el volumen al azar que en el fondo no es un azar y recibe el consejo de Virgilio o del espíritu. Así he actuado numerosas veces con el texto de Porchia...".

Se lo pondera, a la sombra de su parquedad, con economía de adjetivaciones, y se lo tradujo, literalmente, a otros idiomas, con religioso respeto, como si nadie en este mundo se animara a desvirtuar con grandilocuencias el magnífico eco de estas voces universales.

1943

Sobre aquella génesis explicó a Letras Daniel González Dueñas, escritor mexicano, co-editor de la edición ampliada bajo el título de “Voces Reunidas” (editorial Alción/Pre-textos): “Antonio Porchia se había relacionado con un grupo de pintores y escultores anarquistas que habían formado la ‘Agrupación de Gente de Arte y Letras Impulso’”. Varios de ellos lo instaron a publicar en libro esas sentencias que caracterizaban su conversación cotidiana que él llamaba voces. Porchia, que tenía entonces 58 años, aceptó y costó el volumen. La edición de Voces (1943) pasó casi desapercibida. Los paquetes que contenían estos ejemplares quedaron acumulados durante meses en la sede de Impulso, y Porchia, que no se asumía como escritor y estaba lejano a todas las usanzas de la vida socio-literaria, decidió donar el tiraje completo a la Sociedad Protectora de Bibliotecas Populares, que coordinaba numerosos centros bibliotecarios diseminados por Argentina.

Un ejemplar llegó a manos del poeta y crítico francés Roger Caillois, que se encontraba en el país trabajando para la Unesco y en la redacción de la revista Sur. Asombrado, buscó a Porchia y le dijo: “Por esas líneas yo cambiaría todo lo que he escrito”.

La obra más sola

Porchia callaba. Sabía que los demás no podrían verlo incluso aplicándole los pocos referentes que tenían a la mano para ello: el instructor no instruido, el santo laico, el iluminado sin iniciación ni escuela. Y callaba. Más su forma de callar fue precisamente esa obra que sigue sin referentes y que, indelible del autor, es la más sola que ha aparecido en el mundo. Sin embargo, más que nunca es necesario darse cuenta de que se trata de una soledad cósmica. Escribió: “El árbol está solo, la nube está sola. Todo está solo cuando yo estoy solo”. Este es el único referente útil. Porque si se llama a esa obra “la más alta”, “la más profunda”, “la más insólita”, saltarán (y no sin razón) aquellos que defienden el vasto legado de tantos pensadores y artistas, esa herencia que bien podría situarse en las coordenadas de lo más esencial creado por la humanidad. Sólo un calificativo será aceptado: la

obra más sola. Que así sea: ese epíteto es verdadero y, en tanto no genera discusiones de jerarquía, permite al menos no perder el tiempo en circunloquios. Pero si se acepta la frase "la obra más sola", no se use como otra etiqueta más, no se vuelva "imagen común", pretexto de olvido (porque a nadie le gusta escharbar solo en la soledad), y llévese hasta las últimas consecuencias. La obra de Porchia es la consecuencia última. Séase así justo, al menos de esa forma, con lo que Antonio Porchia mostró no por ráfagas sino de modo insobornable, doloroso y sostenido.
(Daniel González Dueñas).

Selección de Voces

Han dejado de engañarte, no de quererte. Y te parece que han dejado de quererte.

Tenemos un mundo para cada uno, pero no tenemos un mundo para todos.

Durmiendo sueño lo que despierto sueño. Y mi soñar es continuo.

A veces hallo tan grande a la miseria que temo necesitar de ella.

Y si llegaras a hombre, ¿a qué más podrías llegar?

Nada no es solamente nada. Es también nuestra cárcel.

He llegado a un paso de todo. Y aquí me quedo, lejos de todo, un paso.

El dolor no nos sigue: camina adelante.

En plena luz no somos ni una sombra.

Mueren cien años en un instante, lo mismo que un instante en un instante.

La confesión de uno humilla a todos.

Perfil

• Antonio Porchia nació en Conflenti (Italia) en 1885. Tras la muerte de su padre en 1900, se muda a la Argentina. Es autor de "Voces", su única obra, de ediciones agotadas. Fue traducida al francés y al inglés. Murió en Buenos Aires en 1968.

Javier Arguindegui
